

Trasluz

Bérégovoy

LUIS MEANA

En un suicidio, como en cualquier otro naufragio, lo primero que hace la sociedad es fijar, hasta el más mínimo detalle, todo lo que hizo o dijo en las últimas horas el finado. El mundo piensa descubrir en esos pecios el tipo de tormenta que tumbó el barco. El acreditado esquema se ha vuelto a repetir ahora en el caso del ex premier francés Bérégovoy, un obrero descendiente de ucranianos que llegó a primer ministro y fue a caer a las orillas de un río de Francia. Las religiones monoteístas criminalizaron siempre al suicida porque interfiere el orden o plan trazado por Dios para el universo. El problema es, sin embargo, otro: que el suicida niega el todo. Viene como a soplarnos al oído una conjetura que preferiríamos dejar intacta en el olvido: que la vida, más que el juego que parece, es un azar loco en el que se desatan de repente todos los demonios. Entonces, la soportabilidad de la vida puede volverse más insufrible que la insoportabilidad de la muerte. A ese extremo debió llegar la nave del pobre «Béré» cuando se fue a ese río de Nevers que le era tan íntimo, y allí, amparado sólo por esa última madre, se dio el tiro de gracia. La salida no tendrá la grandeza del famoso final de Sócrates: «Critón, no se te olvide el gallo que le debo a Asclepio». Pero tampoco es escasa en dramaturgia: no sé si se sabe que el nombre eslavo de Bérégovoy quiere decir en ese idioma «el hombre de la orilla».

Y a una orilla se fue a morir, como llevado por un atavismo, ese «hombre de la orilla». Plinio, Hume o Schopenhauer escribieron ensayos famosos sobre el suicidio. Lo que no quiere decir que hayamos aclarado su misterio. Pues, después de escudriñar todos los precios, de este tipo de naufragios cabe decir poco más que aquella frase de Lorca: la culpa es de la tierra.

El Everest, el techo del mundo, crece y se pasea desde su gigantesco pedestal superior a los ocho mil metros. No sólo la fe mueve montañas: el Everest se desplaza horizontalmente de 15 a 30 centímetros por año y crece también anualmente algunos milímetros, según cálculos de un científico chino, el profesor

Juyong Chen, jefe de ingenieros de la Oficina Topográfica China y que tomó parte en la reciente expedición franco-italiana que realizó nuevas mediciones en «la montaña que nunca sobrevuelan las águilas», uno de los nombres que los nepalíes utilizan para referirse al Everest.

El Everest crece y se pasea

La expedición científica que rebajó la altura del techo del mundo confirma que la montaña se mueve, en tanto se advierte que parece «un vertedero gigante»

París,

France Presse / Epi Press

A mediados del pasado mes de abril, los responsables de la expedición científica franco-italiana que realizó la última medición del Everest hicieron públicas sus conclusiones: el pico más alto del mundo mide dos metros menos de lo que se determinó en su anterior medición oficial (1974), cifrando su altura exacta en 8.846,1 metros.

No es que el Everest pierda altura, sino que los medios empleados en la actualidad, con utilización incluso de un rayo láser desde la ladera china, ofrecen una mayor fiabilidad que los de hace cerca de veinte años. Es más, en opinión de Juyong Chen, el Everest registra un movimiento horizontal en su cima de 15 a 30 centímetros por año, de este a oeste, durante los tres últimos decenios.

Por otra parte, el profesor Chen también precisó que, de acuerdo a los cálculos hechos al respecto, la parte norte del Everest se eleva 4 centímetros cada año, pero explicó que tal crecimiento puede ser realmente de sólo un centímetro anual si se hace abstracción del cambio del nivel del mar y si se toma en cuenta únicamente el movimiento vertical de la placa continental.

Así lo confirmó ayer el responsable francés de la expedición al Himalaya, Benoit Chamoux, que resaltó que «la montaña más alta de nuestro planeta es muy activa y en ninguna otra zona del globo la dirección de los empujes y los movimientos de la corteza terrestre son tan perceptibles como en el Himalaya».

Para el profesor Georgio Poretti, de la Universidad de Trieste (Italia), responsable del equipo italiano en la expedición, este estudio aclara tanto el pasado como el futuro geológico de nuestro planeta. Poretti también insistió en la fiabilidad de la últi-



Sir Edmund Hillary, fotografía superior, fue el primero en conquistar, junto al «sherpa» Tenzing Norgay, la cumbre del Everest, el techo del mundo, hace exactamente 40 años.

ma medición: «Gracias a la escasa densidad del aire, las mediciones fueron extraordinariamente exactas».

Un gigantesco vertedero

Pero el Everest no sólo crece y se pasea. Su collado sur, situado a 7.986 metros de altitud, se ha convertido en el vertedero más alto del mundo, después de comprobarse que la cantidad de basura, material y desperdicios acumulados en la zona asciende a veinte toneladas.

La expedición española «Gas Natural al Everest» calificaba de «desoladora» la imagen de la la-

dera, donde se acumulan centenares de botellas de oxígeno y los desechos de los campamentos montados desde 1953, año en que Edmund Hillary y el «sherpa» Tenzing Norgay conquistaron por primera vez la cumbre.

Josep Anton Pujante, jefe de la expedición, agregó que «si los envases de oxígeno que han facilitado ascensiones e incluso salvado vidas son la imagen sucia de la montaña, en aquella alta zona, seis cadáveres de cuatro «sherpas», un búlgaro y un yugoslavo, abandonados allí hace varios años, recuerdan de forma dramática la dureza de este tra-

mo de la montaña». Las pilas, que se acumulan por miles, son otro de los grandes problemas pendientes de resolución.

Su gran poder contaminante obliga a que sean el primer gran objetivo, tras la retirada de los cadáveres, a los que se da prioridad en las operaciones de limpieza.

Por término medio, cada expedición utiliza entre dos y tres centenares de pilas, lo que supone una acumulación de centenares de miles desde el campo base a la cima, que hasta ahora han logrado alcanzar 433 montañeros; de ellos, veintidós españoles.

PERSONALISIMO

Isabel II de Inglaterra, acompañada de su marido, el príncipe Felipe, inició ayer una visita oficial a Hungría, primer país de Europa del Este al que viaja un monarca británico. Isabel II recibió el lunes una de las pocas alegrías que le ha proporcionado su familia en los últimos tiempos, al anunciarse la próxima boda de su sobrino David Armstrong-Jon, vizconde de Linley, e hijo de la princesa Margarita, con Serena Stanhope, hija del vizconde de Petersham y heredera de una fortuna superior a los 45.000 millones de pesetas.



Manuel Benítez, «El Cordobés», ha sido procesado por llamar «hienas» y «asesinos» a los miembros de la Policía Municipal de Córdoba que intervinieron en su detención el pasado año. El juez, que ha decretado su libertad provisional bajo una fianza de 130.000 pesetas, considera que El Cordobés podría ser autor de un delito de injurias graves y de lesiones, ya que dos de los agentes que intervinieron en su arresto sufrieron heridas leves. El Cordobés fue denunciado por varios de sus vecinos por alteración del orden público.

Markus Wolf, ex jefe del espionaje de la desaparecida República Democrática Alemana (RDA) entre 1958 y 1987, quien inspirara a John Le Carré su «best seller» «El espía que surgió del frío» compareció ayer ante la justicia en uno de los procesos más polémicos habidos en Alemania. Wolf, de 70 años, está acusado de traición por haber asestado a la ex RFA algunos de los golpes más sorprendentes del espionaje, entre ellos infiltrar a un agente entre los colaboradores de Willy Brandt, provocando la caída de su Gobierno.